

La Oración del Señor (2)

Un padre que escucha

Mateo 6:9

Pastor Tim Melton

A lo largo de las Escrituras y a través de la historia de la Iglesia podemos ver como Dios respondió de una manera notable cuando su gente oraba. Se salvaron matrimonios. Se curaron adicciones. Los pecados fueron perdonados. Hubo reconciliaciones. Hubo despertares espirituales a través de las naciones. Estas historias son inspiradoras, pero ¿cómo podemos orar de modo que Dios nos oiga? ¿Cómo funciona la oración?

Para encontrar la respuesta debemos volver a Jesús. Solo Él vio la oración desde la perspectiva tanto del cielo como de la tierra.

En Mateo 6:9-13, Jesús nos enseñó lo que se conoce como la oración del Señor, el Padre Nuestro:

Vosotros pues orad así: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan cotidiano. Perdónanos nuestras deudas como también perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno.”

La primera frase, *“Vosotros pues orad así”*, no significa “Orad así palabra por palabra”, sino “seguid este modelo de oración”. Sí, está bien orar esta oración literalmente a veces, pero Jesús nos da esta oración como un ejemplo de cómo orar.

La oración de Jesús empieza con *“Padre nuestro”*. Para entender el significado de estas dos palabras debemos entender primero el contexto cultural de la época. En aquel tiempo, la mayoría de la gente creía que Dios era muy distante e incognoscible. Entre los griegos, había dos creencias predominantes acerca de los dioses. Una era sostenida por aquellos que eran conocidos como los **Estoicos**. Ellos creían que los dioses no tenían la capacidad de sentir emociones. Esto venía de la idea de que si los dioses pudieran

sentir emociones, entonces podrían ser heridos, y ciertamente los dioses no pueden ser heridos, por lo tanto debían de carecer de emociones, ser apáticos e indiferentes.

La segunda creencia dominante acerca de los dioses era la de un grupo conocido como los **Epicúreos**. Ellos creían que la principal característica de los dioses era una perfecta paz y tranquilidad. Los Epicúreos observaban que el mundo era caótico y a menudo parecía fuera de control. Los dioses seguramente perderían su paz y tranquilidad si se involucrasen en los asuntos humanos, de modo que con toda probabilidad eran distantes, indiferentes y no se involucraban.

Incluso los judíos de la época de Jesús consideraban que Dios era sumamente distante. Habían oído acerca del Dios que creó el universo con su palabra, que inundó la tierra en los días de Noé, que ahogó al ejército egipcio en los días de Moisés, que destruyó Sodoma y Gomorra en la época de Abraham, y que llevó a su propio pueblo al exilio en los tiempos de Jeremías. Estaban familiarizados con el Dios santo y todopoderoso. Era definitivamente alguien a quien temer, pero sabían muy poco acerca de tener una relación íntima con Él. Veían a Dios tan “ajeno” y elevado que ni siquiera pronunciaban el nombre de *Yahvé*, por temor a que su naturaleza pecaminosa de alguna forma manchase el sagrado nombre de Dios.

Es este contexto Jesús enseña esta oración. Jesús empieza diciendo **“Padre nuestro”**. Este es un título que denota relación. En las Escrituras vemos que “padre” es el título de alguien que se preocupa, nutre, ama y se acerca. En Marcos 14:36, incluso vemos que Jesús se refiere a Dios como **“Abba, Padre”**. Esto equivalía a llamar a Dios “papá”. Este tipo de intimidad con Dios no se había oído nunca en los tiempos de Jesús, pero Él conocía de primera mano la realidad de Dios y llamaba a la gente a orar a Dios como “Padre nuestro”.

Referirse a Dios como nuestro Padre celestial es una idea fundamental en la oración de Jesús. Todo en la oración del Señor fluye de esta primera idea. Podemos encontrar la idea de “Dios el Padre” en muchas de las oraciones de Jesús recogidas en las Escrituras. Por ejemplo:

- Jesús acercándose al final de su ministerio: **“Ahora todo mi ser está angustiado, ¿y acaso voy a decir: ‘Padre, sálvame de esta hora difícil?’ ¡Si precisamente para afrontarla he venido! ¡Padre, glorifica tu nombre!”** (Juan 12:27-28)
- La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní: **“Decía: ‘Abba, Padre, todo es posible para ti. No me hagas beber este trago amargo, pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú.’”** (Mateo 26:36-44, Marcos 14:32-39, Lucas 22:46)
- El perdón de Jesús para sus asesinos: **“Padre –dijo Jesús–, perdónalos porque no saben lo que hacen.”** (Lucas 23:34)
- En el momento de la muerte de Jesús: **“Entonces Jesús exclamó con fuerza: ‘¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!’”** (Lucas 23:46)

Jesús nos llama a cada uno a acercarnos a Dios como niños. Acercarse a Dios Padre como un hijo es crucial para una fe en crecimiento. En Mateo 18:3-4, Jesús lo explica con estas palabras: **“Entonces dijo: ‘Os**

aseguro que, a menos que cambiéis y os volváis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos.”

Podría ser que tu estés aquí hoy y el uso de la palabra “padre” para describir a Dios no te suene natural, como a muchas de las personas que escuchaban a Jesús. Podría ser que cuando oyes la palabra “padre” tu mente y tus emociones piensen en el padre que tuviste o que nunca tuviste. Eso sería una limitación para todos nosotros. Ningún padre humano podría ser nunca tan bueno como nuestro Padre celestial, pero aun entre padres humanos hay muchas diferencias.

Tal vez tu padre era un seguidor de Cristo que, en medio de sus imperfecciones, buscaba seguir a Dios y guiar a su familia de tal manera que estimuló en ti el deseo de conocer al Padre celestial. Tal vez Dios usó el ejemplo de tu padre para llevarte a la fe en Jesucristo.

O tal vez la historia es la opuesta. Tal vez nunca tuviste un padre, o tal vez tu padre estaba físicamente presente pero nunca cerca de ti emocionalmente. Tal vez tu padre era protector, pero nunca se acercó a ti. O tal vez tu padre te condujo al éxito, pero nunca te dijo que te amaba. Tal vez tu padre era proveedor, pero también el que impartía disciplina. O quizás tu padre fue una fuente de abusos. Si lo fue, siento mucho el dolor que te pueda haber causado, pero esas son las dificultades que tenemos que vencer mientras buscamos conocer a Dios como nuestro Padre celestial. Nuestros padres terrenales nunca serán una imagen fiel de nuestro Padre celestial, pero de todas formas podemos usar nuestra relación con nuestro padre terrenal para llegar a una relación más profunda con Dios, nuestro Padre.

Si tuviste un padre terrenal piadoso, entonces que su ejemplo te conduzca a la fe. Si tu padre no fue un buen ejemplo, entonces que esa experiencia te lleve finalmente a experimentar con tu Padre celestial la amorosa relación que siempre buscaste. El salmista también llama a Dios ***“Padre de los huérfanos”*** (Salmos 68:5).

A medida que crecemos en el entendimiento de quién es realmente “Dios, nuestro Padre”, se transforma la forma cómo nos relacionamos con Dios y nos acercamos a Él en la oración. Entenderemos cómo nos provee y nuestra necesidad de Él. Entenderemos mejor su autoridad y nuestra necesidad de someternos a Él. Entenderemos su fidelidad y nuestra necesidad de confiar en Él. Podremos entender su sabiduría y nuestra necesidad de obediencia. Entenderemos su amor y nuestra necesidad de ser amados.

“Padre nuestro que estás en el cielo”: La frase “en el cielo” describe a nuestro Padre. No estamos orando a alguien sin poder. Dios, nuestro Padre, se sienta en el trono en el cielo. Él reina y reside allí. Soberano, eterno, omnisciente, que todo lo ve. No hay nadie más grande que Él. Él es en quien hemos puesto nuestra confianza.

“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre”: Santificado significa santo, consagrado, sagrado, inmaculado, puro y totalmente digno de confianza. Santificado es su nombre, lo que en las Escrituras significa santificada es su naturaleza. Nuestro Padre celestial no es únicamente el Rey todopoderoso, Él está lleno de amor. No solamente es maravilloso en poder, Él es bueno.

En la película *El León, la Bruja y el Armario*, cuatro niños se encuentran en un mundo de fantasía llamado Narnia. Es una tierra de invierno perpetuo que está bajo el control de una reina malvada. Sin color, sin calor y sin Navidad. Los animales pueden hablar, y durante una conversación con los niños, una criatura explica que están esperando la venida de Aslan. Aslan es el poderoso Rey León que regresará para restablecer Narnia a como tiene que ser.

Los niños preguntan: “Es seguro?”, a lo que la criatura responde: “No, pero Él es bueno”. Ese es el equilibrio de Dios. Él es más poderoso de lo que podríamos llegar a imaginar. Pero nuestra confianza se basa en el hecho de que Él es bueno.

Este es nuestro Dios Padre, que en Sofonías 3:17 se deleita y se alegra por nosotros con cantos. ¡Qué increíble es que Dios, nuestro Padre celestial, conozca nuestro nombre, y mucho más que se acerque a nosotros!

Cuando Jesús empieza la oración del Señor depende enteramente del Padre. Esta es la clave del resto de la oración. Está centrada en Dios, sus propósitos y su provisión para nuestras vidas. ¿Qué significa para el Él ser nuestro Padre? ¿Y qué significa para nosotros ser sus hijos? Solo a medida que crezcamos para entender más acerca de su paternidad a partir de las Escrituras, podremos orar por ello. A medida que le conozcamos mejor, veremos su inmensidad en contraste con nuestra necesidad de Él. A medida que aprendamos lo que significa ser hijo de Dios, empezaremos a entender sus beneficios: las promesas, la sabiduría, el fruto, la protección y la provisión. Todo esto está conectado con estar con nuestro Padre.

Si elegimos acercarnos a Dios como Padre, debemos entender que debemos someter nuestras vidas a todo lo que esto significa. No podemos simplemente aceptar las características del Padre que nos agradan y dejar de lado las que no. No podemos regocijarnos en su provisión mientras rechazamos su disciplina. No podemos suplicar por su protección y luego negarnos a caminar junto a Él. Aquellos que se humillen y se sometan completamente a todo lo que se encuentra en Dios Padre vivirán bajo la protección de sus bendiciones. En Cristo, en lugar de correr a escondernos de Él como hicieron Adán y Eva, podemos correr a su encuentro como sus hijos en tiempos de necesidad para encontrar su gracia y compasión.

Podemos enfrentar el mundo nosotros mismos como si fuéramos huérfanos, o podemos enfrentar los problemas del mundo de la mano de nuestro Padre celestial. Como el niño que se pierde en un centro comercial en Navidad, ¡qué alegría y alivio cuando es encontrado! O la niña pequeña que se encuentra cara a cara con un enorme perro desconocido en la calle, y se queda horrorizada. Pero luego esos temores desaparecen cuando su padre la levanta en brazos y le susurra: “No te preocupes cariño, que estoy aquí.”

Eso es lo que se nos ofrece. Ya no estamos solos. Acerquémonos a Dios y Él se acercará a nosotros (Santiago 4:8). Somos hermanos y hermanas que compartimos el mismo Padre. A medida que nos acercamos a Él, nos acercaremos los unos a los otros también.

Si queremos ver a Dios Padre como es realmente, necesitamos empezar por aprender todo lo que podamos acerca de Jesús. Jesús era la representación exacta de Dios Padre (Hebreos 1:3). En Juan 14:9, los seguidores de Jesús ansiaban conocer al Padre, y Jesús les respondió con estas palabras: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”*** Jesús era Dios encarnado. Aprende acerca de Jesús el hijo para aprender

acerca del Padre. Lee los evangelios. Toma nota de las características de la personalidad de Jesús. Estas son las características de la personalidad de Dios Padre. A medida que tomas más conocimiento de los diferentes rasgos de Dios padre, ora por la fe para creer y para que Dios reescriba la identidad del Padre en tu corazón y mente. También, haz el esfuerzo de pasar tiempo con familias que hayan tenido la fortuna de tener un modelo de padre piadoso. Extiende tu comprensión de lo que significa “padre” más allá de tu hogar, y quizás más allá de tu cultura. Jesús nos muestra la importancia de conocer a Dios como el Padre. Ahora que lo sabemos, busquémosle fielmente. **“Me buscaréis y me encontraréis cuando me busquéis de todo corazón”** (Jeremías 29:13).

Terminemos orando y revisando las Escrituras que describen a Dios nuestro Padre. Que este sea el inicio mientras buscamos relacionarnos con Dios como nuestro Padre perfecto.

“A pesar de todo, Señor, tú eres nuestro Padre; nosotros somos el barro y tú el alfarero. Todos somos obra de tu mano.” (Isaías 64:8)

“Fijaos en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros; sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mateo 6:26)

“¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se extravía una de ellas, ¿no dejará a las otras noventa y nueve en las colinas para ir en busca de la extraviada? Y si llega a encontrarla, os aseguro que se pondrá más feliz por esa sola oveja que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Así también, vuestro Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ninguno de estos pequeños.” (Mateo 18:12-14)

“Sed compasivos, así como vuestro Padre es compasivo.” (Lucas 6:36)

“¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!” (Mateo 7:9-11)

“Tan compasivo es el Señor con los que le temen como lo es un padre con sus hijos.” (Salmos 103:13)

“Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor, ni te ofendas por sus reprobaciones. Porque el Señor disciplina a los que ama como corrige un padre a su hijo querido.” (Proverbios 3:11-12)

“Y vosotros no recibisteis un espíritu que de nuevo os esclavice al miedo, sino el Espíritu que os adopta como hijos y os permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!” El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.” (Romanos 8:15-16)

“Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebátarmelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar. El Padre y yo somos uno.” (Juan 10:28-30)

“Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo os concedan gracia y paz.” (Gálatas 1:3)

“¡Fijaos qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llama hijos de Dios!” (1 Juan 3:1)

Como respuesta a estos versos somos llamados a acercarnos a nuestro Padre. Vendrán situaciones difíciles y Satanás intentará convencernos de que a Dios no le importa. Aun entonces, ¿orarás en la verdad de las Escrituras que dicen que Dios, nuestro Padre, conoce todas nuestras necesidades y es nuestra siempre presente ayuda en tiempos de dificultad? Aun cuando nuestros problemas parezcan insuperables, ¿oraremos a nuestro Padre celestial, que es nuestro Rey Todopoderoso, nuestro Salvador y Soberano de todos? Aun cuando no podamos ver claramente a Dios actuando en nuestra situación, ¿confiaremos en que Él está en el cielo, en su trono, y es santificado, santo y bueno? Cuando no podamos ver su “mano”, ¿elegiremos confiar en su corazón, y seguir orando?

Dios, nuestro Padre, se ha acercado para oír nuestras oraciones y obrar en y a través de nuestras vidas. Confiemos en Él, oremos a Él, sometámonos a Él y experimentémoslo.

Cuestionario:

1. ¿Qué encontraste más interesante del versículo y del sermón de hoy?
2. Cuando piensas en tu padre, ¿qué palabras usarías para describirlo?
3. ¿Cómo piensas que tu imagen de Dios como Padre se ha visto afectada por tu propia experiencia con tu padre terrenal?
4. ¿Cómo orarías Mateo 6:9 en tus propias palabras? *“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre.”*
5. Jesús nos llama a acercarnos a Él como un niño. ¿Cómo podría una persona hacer eso?
6. ¿Qué puede hacer una persona para obtener un mejor entendimiento de quién es Dios Padre?
7. ¿Qué crees que necesitas recordar de esta lección?